

En el día no sirve la música mas que para nuestros placeres. Ya habreis advertido que hácia fines de su reinado estaba amenazada de una próxima corrupcion, pues adquiria nuevas riquezas. Polimnesto, tirando ó alojando á su arbitrio las cuerdas de la lira, habia introducido consonancias desconocidas hasta entonces. Algunos músicos se habian dedicado á componer para flauta sin letra; despues de los juegos píticos se vieron combates, en que solo se oia el sonido de los instrumentos: en fin, los poetas, y sobre todo los autores de aquella poesia atrevida y turbulenta, conocida con el nombre de ditirámica, martirizaban á un tiempo la lengua, la melodía y el ritmo, para acomodarlos á su loco entusiasmo. Sin embargo dominaba todavía el gusto antiguo: Pindaro, Prátinas, Lampro y otros líricos célebres le sostuvieron en su decadencia. El primero florecia en tiempo de la expedicion de Xerxes, hace cerca de ciento y veinte años; y vivió lo bastante para ser testigo de la revolucion preparada por las innovaciones de sus predecesores, y favorecida por el espíritu de independecia que habian inspirado nuestras victorias sobre los Persas. Lo que mas la aceleró, fué la pasion desenfrenada que se introdujo repentinamente á la música instrumental y á la poesia ditirámica. La primera nos enseñó á no echar menos las palabras; la

segunda á sofocarlas con adornos extraños.

La música, sujeta hasta entonces á la poesia, sacudió el yugo con la audacia de una esclava rebelde: los músicos no pensaron en adelante mas que en distinguirse por sus descubrimientos. Cuanto mas multiplicaban los procedimientos del arte, tanto mas se apartaban de la naturaleza. La lira y la citara dieron mayor número de sonidos: se confundieron las propiedades de los géneros, de los modos, de las voces y de los instrumentos. Los cantos asignados antes á las diversas especies de poesia, se aplicaron luego sin discernimiento á cada uno en particular: brotaron consonancias nuevas, modulaciones desusadas, quiebras de voz desprovistos muchas veces de armonía. Quebrantóse abiertamente la ley fundamental y preciosa del ritmo, y se dieron muchos sonidos á una misma sílaba; extravagancia que debería ser tan irritante en la música, como lo sería en la declamación.

A vista de tantas y tan rápidas mudanzas, decía Anaxilas, no hace mucho tiempo, en una de sus comedias, que la música, á imitación de la Libia, producía todos los años algun nuevo monstruo.

Los autores principales de estas innovaciones vivieron en el siglo último, ó viven todavía entre nosotros; ¡como si fuera destino de la músi-

ca perder su influjo sobre las costumbres, en el tiempo en que mas se habla de filosofía y de moral! Muchos de ellos eran hombres de grande ingenio y distinguido talento. Nombraré á Melanipides, á Cinesias y Frinis; á Polgítides, tan célebre por la tragedia de Ifigenia; á Timoteo de Mileto, que se ha ejercitado en todos los géneros de poesía, y aun goza de su gloria en una edad muy avanzada. Este es quien ha ultrajado mas que todos la música antigua. Al principio le contuvo el miedo de que le tuviesen por novador; y en sus primeras composiciones mezcló las antiguas, para engañar la vigilancia de los magistrados, y no oponerse al gusto dominante entonces; pero animado luego por el feliz éxito, olvidó todo miramiento.

Ademas de la licencia, de que acabo de hablar, quieren algunos músicos inquietos arrancar nuevos sonidos al tetracordio. Unos se esfuerzan á introducir en el canto una serie de cuartas de tono; fatigan las cuerdas: redoblan los golpes del arco; aplican el oído para sorprender al paso una variación imperceptible de sonido, que ellos miran como el mas pequeño intervalo conmensurable. La misma experiencia confirma á otros en una opinion diametralmente opuesta. Se dividen sobre la naturaleza del sonido, sobre las consonancias que deben usarse, sobre las formas introducidas en el canto,

sobre los talentos y obras de cada cabeza de partido. Epígono, Erástocles, Pitágoras de Zacinto, Agenor de Mitilene, Antigénides, Dorion y Timoteo, tienen discípulos que por este motivo vienen á las manos cada día, y no se reunen sino para despreciar altamente la música antigua, que tratan de rancia.

¿Sabeis quiénes son los que mas han contribuido á infundirnos este desprecio? Los Jonios: este pueblo que no pudo defender su libertad contra los Persas, y que en un pais fértil, con el mas hermoso cielo, se consuela de esta pérdida en el seno de las artes y de las delicias. Su música, ligera, brillante, graciosa, se resiente al mismo tiempo de la molicie que se respira en este clima venturoso. Nos costó algo el acostumbrarnos á sus acentos. Uno de estos jonios, que es aquel Timoteo, de quien acabo de hablaros, fué silbado al principio en nuestro teatro; pero Euripides, que conocia el genio de su nacion, le anunció que muy pronto dominaria sobre la escena; y así sucedió. Envanecido con el éxito, pasó á los Lacedemonios con su cítara de once cuerdas, y sus cantos afeminados. Dos veces habian ya reprimido el atrevimiento de los músicos modernos. Aun en el dia exigen que en las piezas que se presentan al concurso, la modulacion, ejecutada sobre un instrumento de siete cuerdas, no salga de uno ó de dos modos.

¡Cuál fué su sorpresa al oír las consonancias de Timoteo! ¡Cuál fué la de este á la lectura de un decreto emanado de los reyes y de los éforos! Se le acusaba de que por la indecencia, la variedad y molicie de sus cantos, habia profanado la magestad de la música antigua, y tratado de corromper á los jóvenes esparciatas. Se le mandaba quitar cuatro cuerdas á su lira, añadiendo que este ejemplar debia alejar para siempre todas las novedades que perjudicaban á la severidad de las costumbres. Se debe observar que el decreto es, poco mas ó menos, del tiempo en que los Lacedemonios alcanzaron en Egos-Potamos aquella célebre victoria que los hizo dueños de Atenas.

Entre nosotros deciden de la suerte de la música los artesanos y mercenarios, quienes llenan el teatro, asisten á los combates de música, y se constituyen árbitros del gusto. Estas gentes necesitan de conmociones violentas; y así, cuanto mas atrevida, cargada y fogosa es la música, tanto mas excita su entusiasmo. En vano clamaron los filósofos que adoptar semejantes novedades, era minar los fundamentos del Estado*; en vano lanzaron los autores dramáticos

* Para justificar una expresion singular de Platon, es preciso traer á la memoria la extrema licencia, que en tiempo de este, reinaba en la mayor parte de las repúblicas de la Grecia. Despues de haber

mil dardos contra los que introducian tales novedades; pues como no tenian decretos que lanzar en favor de la música antigua, se ha venido á parar en que los encantos de su enemiga lo han subyugado todo. Una y otra han tenido la misma suerte que la virtud y el deleite, cuando están en competencia.

Habladme de buena fe, dije yo entonces á Filótimo: ¿no habeis experimentado algunas veces la seducción general? Muchisimas, me respondió. Convengo en que la música actual es superior á la antigua por sus riquezas y adornos, pero digo que no tiene objeto moral. En las producciones de los antiguos yo estimo á un poeta que me hace amar mis deberes; en las de

alterado las instituciones, cuyo objeto ignoraba, rompió sucesivamente los vinculos mas sagrados del cuerpo político. Empezóse variando los cantos sagrados, y se acabó con burlarse de los juramentos hechos á presencia de los dioses. A vista de la relajacion general, no tuvieron reparo algunos filósofos de asegurar, que en un Estado que se gobierna mas bien por los usos que por las leyes, son peligrosas las menores innovaciones, porque las siguen luego otras mayores: así es que no solamente ordenaron no tocar á la música, sino que debia extenderse esta prohibicion á los juegos, á los espectáculos, á los ejercicios del gimnasio, etc. Por lo demas, estas ideas fueron tomadas de los Egipcios. Este pueblo, ó mas bien, los que le gobernaban, celosos de mantener su autoridad, no concibieron otro medio para reprimir la inquietud de los ánimos, que detenerlos en sus primeros extravíos: de aquí nacieron aquellas leyes que prohibian á los artistas tomar el menor vuelo, y les obligaban á copiar servilmente á los que les habian precedido.

los modernos admiro á un músico que me divierte. Y no pensais, repliqué yo con ahinco, que se debe juzgar de la música por el placer que proporciona.

Sin duda que no, respondió, si este placer es perjudicial, ó si toma el lugar de otros menos vivos, pero mas útiles. Vos sois joven, y necesitais de agitaciones fuertes y frecuentes. Sin embargo, como os avergonzariais de entregaros á ellas si no fuesen conformes al orden, es visible que debeis someter vuestros placeres y vuestras penas al examen de la razon, mas bien que tomarlos por regla de vuestros juicios y de vuestra conducta.

Yo creo que se puede sentar por principio, que un objeto no es digno de nuestra aficion, sino cuando ademas de los adornos que ostenta á nuestros ojos, encierra en sí una bondad y utilidad real. Asi es que la naturaleza que quiere conducirnos á sus fines por el atractivo del placer, y jamas limitó sus miras sublimes á procurarnos sensaciones agradables, ha puesto en los alimentos una dulzura que nos atrae, y una virtud que produce la conservacion de nuestra especie. Aquí el placer es el primer efecto, y viene á ser un medio para ligar la causa á un segundo efecto mas noble que el primero: puede suceder que, siendo el alimento igualmente sano, y el placer igualmente vivo, el efecto ulterior sea dañoso:

en fin, si ciertos alimentos, propios para lisonjear el gusto, no produjesen ni bien ni mal, seria el placer pasagero, y no tendria consecuencia. De aquí resulta, que para decidir si nuestros placeres son útiles, funestos ó indiferentes, se debe atender menos al primer efecto que al segundo.

Hagamos la aplicacion de este principio. La imitacion, que es el objeto de las artes, nos mueve de diversos modos: tal es su primer objeto. Hay algunas veces otro mas esencial, comunmente ignorado del espectador y aun del mismo artista; y es que modifica el alma hasta el punto de contraer insensiblemente los hábitos que la hermoséan ó desfiguran. Si no habeis reflexionado nunca sobre el inmenso poder de la imitacion, considerad cuán profundamente dos de nuestros sentidos, el oido y la vista, transmiten á nuestra alma las impresiones que reciben: con qué facilidad imita un niño, rodeado de esclavos, sus palabras y ademanes, y se apropia sus inclinaciones y su bajeza.

Aunque la pintura no tenga, ni con mucho, la misma fuerza que la realidad, no por eso es menos cierto que sus cuadros son escenas á que yo asisto; sus imágenes ejemplos que se presentan á mis ojos. La mayor parte de los espectadores no buscan en ellas mas que la fidelidad de la imitacion, y el atractivo de una sensacion

pasajera; pero los filósofos descubren muchas veces, al través del arte, el germen de un veneno oculto. Si se les ha de dar crédito, parece que nuestras virtudes son tan puras ó tan débiles, que el menor soplo del contagio puede marchitarlas ó destruirlas. Así, permitiendo á los jóvenes contemplar despacio las pinturas de Dionisio, les exhortaban á no parar la vista en las de Pauson, y volverla frecuentemente á las de Polignoto. El primero pintó á los hombres tales como los vemos; su imitacion es fiel, agradable á la vista, sin peligro y sin utilidad para las costumbres. El segundo, dando á sus personajes caracteres y funciones viles, ha degradado al hombre, le ha pintado menor de lo que es; y sus imágenes quitan al heroismo su lustre, y á la virtud su dignidad. Polignoto representando los hombres mas grandes y mas virtuosos que el natural, eleva nuestros pensamientos y sentimientos hácia unos modelos sublimes, y deja altamente impresa en nuestras almas la idea de la belleza moral, con el amor de la decencia y del orden.

Las impresiones de la música son mas inmediatas, mas durables y mas profundas que las de la pintura; pero esta imitacion, que rara vez está de acuerdo con nuestras verdaderas necesidades, casi ha dejado de ser instructiva. En efecto, ¿qué leccion me da un flautista, cuando

remeda en el teatro el canto del ruiseñor, y en nuestros juegos el silbo de la serpiente: cuando en una pieza de ejecucion viene á herir mi oido con una multitud de sonidos amontonados rápidamente unos sobre otros? Yo he oido preguntar á Platon que qué significaba este estrépito; y mientras la mayor parte de los espectadores aplaudian enagenados las habilidades del músico, él le tachaba de ignorante y presuntuoso; de ignorante, porque no tenia idea de la verdadera belleza; y de presuntuoso, porque no deseaba mas que la vanagloria de vencer una dificultad*.

Ademas de esto, ¿qué efecto pueden hacer unas palabras, que arrastradas tras el canto, destrozadas en su orden, contrariadas en su marcha, no pueden fijar la atencion empleada enteramente en los quiebros y agrados de la voz? Hablo principalmente de la música del teatro y de nuestros juegos; porque en muchas de nuestras ceremonias religiosas conserva todavía su antiguo caracter.

* Ved aquí una observacion de Tartini: «La música no es ya sino el arte de combinar sonidos, ni le resta mas que su parte material, enteramente despojada del espíritu que la animaba antes. Sacudiendo las reglas que dirigian su accion á un solo punto, no la han llevado mas que á generalidades. Si me da impresiones de alegría ó de tristeza, son vagas é inciertas. A esto se agrega que el efecto del arte no es pleno, sino cuando es particular é individual.»

En este momento oímos unos cánticos melódicos. Celebrábase en este día una fiesta en honor de Teseo. Los coros, compuestos de la juventud mas florida de Atenas, iban al templo de aquel heroe, y recordaban su victoria contra el Minotauro, su llegada á esta ciudad, y la vuelta de los jóvenes atenienses, cuyas cadenas habia quebrantado. Despues de haber escuchado con atencion, dije á Filótimo: no sé si es la poesia, el canto, la precision del ritmo, el interes del asunto, ó la belleza encantadora de las voces, lo que mas admiro; pero me parece que esta música llena y eleva mi alma. Eso viene, replicó vivamente Filótimo, de que en lugar de emplearse en mover nuestras pequeñas pasiones, va á despertar hasta en el fondo de nuestros corazones los sentimientos mas honrosos al hombre, los mas útiles á la sociedad, el valor, la gratitud, y el amor de la patria: viene de que en su feliz union con la poesia, con el ritmo, y con todos los medios de que acabais de hablar, recibe un caracter respetuoso de grandeza y de nobleza; y este caracter siempre surte su efecto, y gana tanto mas á los que son hechos para comprenderle, cuanto mas alta opinion les da de sí mismos. Y ved aquí lo que justifica la doctrina de Platon. Desearia este que las artes, los juegos, los espectáculos, y si fuera posible, todos los objetos exteriores, nos ro-

deasen de pinturas, que fijasen sin cesar nuestras miradas sobre la verdadera belleza. El habito de contemplarla, llegaria á ser en nosotros una especie de instinto, y nuestra alma se veria obligada á dirigir sus esfuerzos conforme al orden y armonía que reinan en este modelo divino.

Ah, cuán distantes están nuestros artistas de llegar á esta elevacion de ideas! No contentos con haber aniquilado las propiedades esenciales de las diferentes partes de la música, quebrantan las reglas mas comunes del decoro. Ya el baile, sujeto á sus caprichos, se va haciendo tumultuoso, é impetuoso, cuando deberia ser grave y decente. Ya se insertan en los intervalos de nuestras tragedias, fragmentos de poesia y de música, ajenos de la pieza, y los coros no se ligan ya á la accion.

No digo yo que estos desórdenes sean la causa de nuestra corrupcion; pero la mantienen y la arraigan. Aquellos que los miran cómo indiferentes, no saben que la regla se mantiene tanto por los ritos y maneras, quanto por los principios: que las costumbres tienen sus formalidades como las leyes, y que el desprecio de estas formalidades destruye poco á poco los lazos que unen á los hombres.

Tambien es reprehensible en la música actual, esa delicadeza y blandura, esos sonidos encan-

tadores, que entusiasman la muchedumbre, y cuya expresion, no teniendo objeto determinado, se interpreta siempre en favor de la pasion dominante. Su único efecto es enervar mas y mas á una nacion, en que las almas sin vigor ni caracter, no se distinguen sino por los diferentes grados de pusilanimidad.

Pero, dije yo á Filótimo, ya que la música antigua tiene tantas ventajas, y la moderna tantos encantos, ¿por qué no se trata de conciliarlas? Yo conocí á un músico llamado Telesias, me respondió, que hace años formó ese proyecto. En su juventud se había alimentado con las bellezas severas, que reinan en las obras de Píndaro, y de algunos otros poetas líricos. Arrebatado despues por las producciones de Filóxenes, de Timoteo y de los poetas modernos, quiso reunir estas diferentes maneras; pero á pesar de sus esfuerzos, recaía siempre en la de sus primeros maestros, y no sacó otro fruto de sus vigiliass, que desagradar á los dos partidos.

No, la música no se volverá á levantar de su decadencia. Para esto sería preciso mudar nuestras ideas, y restituirnos nuestras virtudes; y es mas difícil reformar una nacion, que civilizarla. Ya no tenemos costumbres, añadió; pero tendremos placeres. La música antigua era correspondiente á los vencedores de Maraton, y la

moderna lo es á los Atenienses vencidos en Egos-Potamos.

No me queda mas que una pregunta que hacerlos, le dije: ¿para qué enseñais á vuestro discípulo un arte tan funesto? En efecto, ¿para qué sirve? — ¿Para qué? me dijo riéndose: sirve de chupador á los niños de toda edad, que les impida romper los muebles de la casa. Ocupa á aquellos cuya ociosidad sería temible en un gobierno como el nuestro; y divierte á los que no siendo temibles, sino por el fastidio que arrastran en pos de sí, no saben en que emplear su vida.

Lisis aprenderá la música, porque destinado á ocupar los primeros puestos de la república, debe ponerse en disposicion de dar su parecer sobre las piezas que se presenten al concurso, sea en el teatro, sea en los combates de música: conocerá todas las especies de armonía, y no concederá su estimacion, sino á las que puedan influir sobre las costumbres; porque, á pesar de esta depravacion, todavía puede la música darnos algunas lecciones útiles. Jamas fatigarán á mi discípulo esos penosos vuelos, esos cantos difíciles de ejecutar, que en otro tiempo no excitaban mas que la admiracion en nuestros teatros, y en los cuales se hace ejercitar hoy á los niños. Pondré en sus manos algunos instrumentos, con la condicion de que nunca llegue á ser

tan diestro como los maestros del arte. Quiero que una música selecta ocupe agradablemente sus ocios, si los tiene; le haga descansar de sus fatigas en lugar de aumentarlas, y modere sus pasiones, si es demasiado sensible. Quiero en fin que tenga esta máxima delante de los ojos: que la música nos convida al placer, y la filosofía á la virtud; pero que por el placer y por la virtud es por donde la naturaleza nos convida á la felicidad.



CAPITULO XXVIII.

CONTINUACION SOBRE LAS COSTUMBRES DE LOS ATENIENSES.

He dicho mas arriba *, que los Atenienses se juntan á ciertas horas del dia en la plaza pública, y en las tiendas que hay al rededor de ella. Yo iba tambien allá continuamente, ya para saber novedades, ya para estudiar el caracter de este pueblo.

Un dia encontré allí á uno de los principales

* Véase el capítulo xx de esta obra.